

Jon Fosse, dramaturgo noruego  
Premio Nobel, 2023

El arte es paz

Cada persona es única y, al mismo tiempo, como todas las demás.

Más allá de la apariencia de cada persona hay algo que le pertenece y que la hace única. Podemos llamarlo alma o espíritu, o bien, podríamos no ponerle palabras. Y, al mismo tiempo que todos somos diferentes, somos fundamentalmente iguales, sin importar qué lengua hablemos, qué color de piel o de cabello tengamos.

Quizás esto sea una especie de paradoja: que somos completamente iguales y diferentes al mismo tiempo. Tal vez una persona es paradójica en su conexión entre el cuerpo y el espíritu, entre lo terrenal y tangible y lo que trasciende los límites materiales y terrenales.

El arte, el buen arte, consigue a su manera y de forma fabulosa reunir lo absolutamente único con lo universal.

Reúne, no solo las cualidades individuales, sino también las características de un grupo de personas, por ejemplo, las naciones. Nos permite entender la diferencia entre lo extraño y lo universal.

Y al hacerlo, trasciende las fronteras de los lenguajes y los límites geográficos.

El arte no se expresa provocando que todo sea igual, por el contrario, nos muestra nuestras diferencias, aquello que es ajeno o extraño.

Todo buen arte contiene precisamente eso: algo extraño, algo que no podemos comprender completamente, y que, sin embargo, entendemos en cierto modo.

Contiene lo enigmático, algo que nos fascina y por lo tanto nos lleva más allá de nuestros límites, y así crea la trascendencia que todo arte debe contener y a la cual conducirnos.

No se me ocurre una mejor manera de unir los opuestos.

Es exactamente el enfoque inverso al de los conflictos violentos que vemos a menudo en el mundo, que alimentan la tentación destructiva de aniquilar todo lo extraño, todo lo único y diferente, comúnmente utilizando los inventos más inhumanos que la tecnología ha puesto a nuestra disposición.

Hay terrorismo en este mundo. Hay guerra, puesto que la gente tiene un lado animal que lo lleva a ver lo extraño como una amenaza a su propia existencia, en lugar de ver el fascinante enigma que eso representa.

Y entonces "lo único", las diferencias que son comprensibles, desaparecen. Dejando atrás una uniformidad colectiva donde todo lo diferente es una amenaza que debe ser erradicada.

Lo que vemos desde fuera, se ve como desigualdad; por ejemplo, las religiones o ideologías políticas se convierten en algo que debe ser derrotado y destruido.

La guerra es la batalla contra lo que yace en lo más profundo de cada uno de nosotros: "lo único". Y es una batalla contra todo arte, contra la esencia más íntima de todo arte.

He hablado del arte en general, no del arte teatral en particular, esto se debe a que todo buen arte, en el fondo, gira en torno a lo mismo: tomar lo singular y específico para hacerlo universal. Articula en su expresión artística lo que es único con lo universal: no

eliminando lo singular, sino enfatizándolo; dejando que lo extraño y lo desconocido brille claramente.

La guerra y el arte son opuestos, la guerra y la paz son opuestos: es tan simple como eso. El arte es paz.

Adaptado de la traducción de Raúl Alonso Díaz, México